

PAPEIS ETSAC

Julio Cano Lasso. Tres obras en Galicia

20—02

Edita

Escola Técnica Superior de Arquitectura da Coruña
Campus Universitario de A Zapateira, s/n. 15071
A Coruña
Universidade da Coruña 

ISBN: 978-84-9749-796-1

DOI: <https://doi.org/10.17979/spudc.9788497497961>

Créditos

Coordinación editorial: José Ramón Alonso Pereira y
Antonio S. Río Vázquez

Documentación y elaboración de textos: Grupo
de Investigación en Historia de la Arquitectura.

Universidade da Coruña

Materiales de archivo: Estudio Cano Lasso

© de los textos: Sus autores

© de las fotografías: Sus autores



Pag. 7. Julio Cano Lasso (1920-1996)
Apuntes para un centenario
José Ramón Alonso Pereira

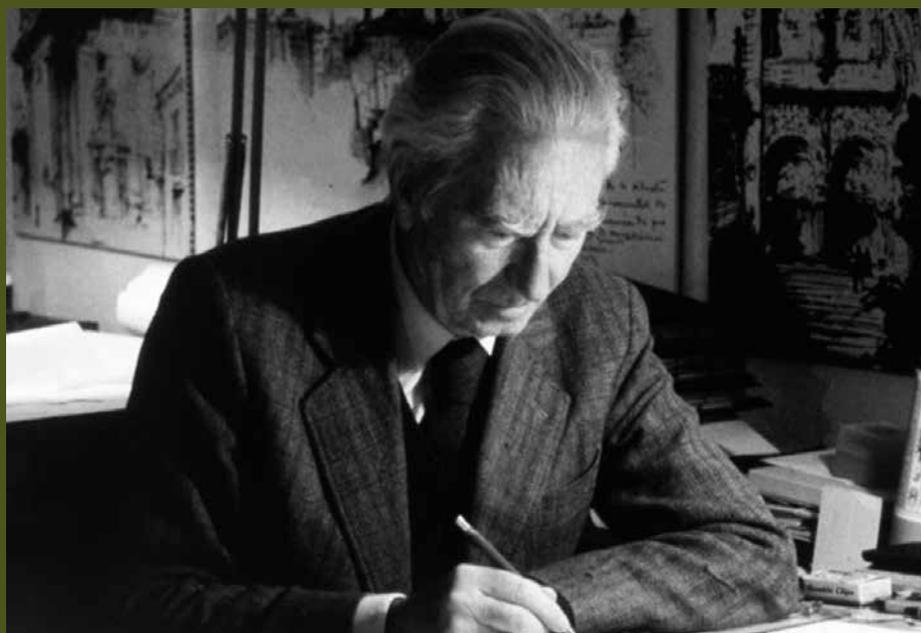
Pag. 18. El Burgo de las Naciones
Santiago de Compostela, 1965
Enrique M. Blanco Lorenzo

Pag. 22. La Universidad Laboral de Ourense
Ourense, 1975
Antonio S. Río Vázquez

Pag. 26. El Auditorio de Galicia
Santiago de Compostela, 1985
Juan A. Caridad Graña

Pag. 33. Bibliografía





Se cumple este año el centenario del nacimiento de Julio Cano Lasso (1920-1996), reconocido como uno de los protagonistas de la arquitectura española en la segunda mitad del siglo XX. Su nombre va unido a otros arquitectos que iniciaron el camino español de la modernidad en los años centrales del siglo XX: Coderch, Sostres, De la Sota, Fisac, Oíza, Corrales, Molezún, Carvajal, Fernández Alba... Su personalidad, su obra y su legado han sido una referencia para sucesivas generaciones de arquitectos. La obra de Cano Lasso supuso dentro de la modernidad española un punto de equilibrio con lo mejor de la tradición, que la singularizó y la diferenció positivamente del conjunto de los arquitectos de su generación.

Su legado se hizo presente por medio de su magisterio directo e indirecto durante su vida, y se ha consolidado y reforzado tras su muerte, hasta el punto de convertirlo veinticuatro años después en uno de los referentes éticos de la actividad arquitectónica para los profesionales jóvenes y maduros que hoy afrontan los retos nuevos del siglo XXI.

Su personalidad puede resumirse haciendo propia la referencia que de un célebre arquitecto inglés se dijo «he was a good man and a gentleman».

Vamos a exponer estos tres apartados ordenadamente, refiriéndolos a partir de su especial relación con Galicia y con la Escuela de Arquitectura, que explica y justifica el pequeño homenaje que supone esta publicación, y hace realidad el acuerdo de Junta de Escuela de julio de 2018 en apoyo a la conmemoración del centenario.

Julio Cano Lasso nació en Madrid el 30 de octubre de 1920, Su familia formaba parte de la burguesía acomodada madrileña; una burguesía ilustrada a la cual nunca dejó de pertenecer. Se crio y se educó en Madrid, en unos años en que España pasaba de las crisis de la Restauración a la República y, finalmente, a la Guerra Civil, cuyo comienzo le cogió con quince años de edad. Conoció el dramatismo de la guerra, aunque rara vez hacía referencia a ella. En los años siguientes terminó sus estudios de secundaria y preparó el ingreso en la Escuela de Arquitectura. «El ingreso era largo —dirá años después—, normalmente cinco o seis años. [...] un largo calvario, en el que naufragaban muchas vocaciones». De los años de carrera, recordará como maestros influyentes a Luis Moya y a Modesto López Otero, director de la Escuela, de quien me consta el respeto y admiración que le tenía Cano.

Desde el tercer curso simultaneó sus estudios con el trabajo en el estudio de Manuel Cabanyes, arquitecto tradicional y buen constructor, que en esos años colaboraba con Edwin Lutyens en el madrileño Palacio de Liria.

Se tituló en 1949, con premio extraordinario fin de carrera. Curso luego estudios complementarios, obteniendo el título de técnico urbanista en 1951. Y viajó. Viajó por Europa. Y viajó mucho por toda España.

En sus años de estudiante había tenido conocimiento de las arquitecturas racionalistas italianas y holandesas. Años después confesaría: «me influyó mucho la revista *Architettura italiana*», si bien creía que su influencia directa no había sido grande, «aunque sin duda ha perdurado una cierta influencia indirecta en una visión idealizada de la arquitectura como arte». También en aquellos años de estudiante se interesó por la Escuela de Amsterdam. «Mi admiración por Dudok era grande —diría—. Las obras de Dudok tienen una seducción especial, aunque sin la potencia de Berlage. Recién terminada la carrera visité Hilversum y confirmé mi admiración. Ha sido la influencia que ha perdurado y creo que ha contribuido a mi amor por el ladrillo». Comenzó a trabajar en una oficina del Instituto Nacional de Industria, el INI, a las órdenes de Fernando Moreno Barberá, de quien siempre reconoció lo mucho que le debía en el aprendizaje de su oficio. Formado en Alemania, Moreno Barberá introdujo en España la disciplina de la modernidad, tamizada por el rigor prusiano en la construcción.

Trabajó asimismo hasta 1966 en la Dirección General de Urbanismo, dirigida entonces por Pedro Bidagor, lo que —diría— le permitió asomarse al mundo de la administración y trabajar en proyectos de urbanismo. Durante esos años se dedicó con gusto y afán a temas urbanísticos, en el planeamiento, en los concursos, y, sobre todo, en lecturas y dibujos, en viajes y experiencias.

Una faceta muy valorada por él fue la de estudioso de las ciudades históricas españolas, que recorría y dibujaba una y otra vez durante toda su vida. Y de un modo muy especial, Santiago de Compostela.

Fue durante nueve años profesor de proyectos de cuarto curso en la Escuela de Arquitectura de Madrid, hasta que en 1970 se retiró de la enseñanza, al ingresar en la Escuela su hijo mayor, aplicándose a sí mismo una cierta incompatibilidad moral, no legal, que refleja bien su rigor ético. A ese hijo mayor seguiría otro, y otro, y otro... de modo que la reincorporación se iría posponiendo año tras año hasta hacerse finalmente imposible.

Guardan sus alumnos de aquellos convulsos años sesenta un excelente recuerdo de su magisterio docente, que continuaría en algunos casos en colaboraciones personales en su estudio, con nombres tan destacados en el panorama de la arquitectura española contemporánea como Alberto Campo Baeza, reciente medalla de oro de la arquitectura.

Porque el magisterio lo ejercería no sólo en las aulas, sino también en su estudio: un pequeño estudio profesional, no mucho mayor superficialmente que el mítico atelier de Le Corbusier donde, como allí, trabajaron jóvenes provenientes de muchas partes, formándose al tiempo que colaboraban en el estudio. Parafraseando a Charlotte Perriand cuando refiere el clima del atelier, «el trabajo era fascinante debido a la gran libertad con la que se aceptaban las nuevas propuestas y a la visión de los nuevos desafíos desde una dimensión global, por más que toda propuesta debía pasar por el filtro riguroso y racional de Le Corbusier». De Cano Lasso, podríamos decir.

En todo caso, sus principales discípulos fueron sus propios hijos, que fueron

incorporándose a su estudio, primero durante la carrera y luego al finalizar ésta, en un proceso y en una dinastía que continúa en nuestros días.

Valorado y reconocido siempre por sus compañeros, el reconocimiento de la crítica se incrementó en los años setenta y ochenta, cuando el paso de las crisis a las recuperaciones disciplinares de la modernidad puso en valor las aportaciones permanentes de Julio Cano.

Durante casi medio siglo: entre 1949 y 1996 realizó una importante obra que fue puntualmente recogida en revistas, monografías y exposiciones, que se fueron incrementando en el transcurso del tiempo. Un transcurso progresivo que puede articularse y periodizarse a través de las sucesivas décadas, desde los comienzos ilusionados de los años cincuenta a la madurez de los años sesenta y setenta, y a la plenitud de su magisterio personal y académico en los años ochenta y noventa.

Precisamente, en esos últimos años se multiplicaron los honores. Premio Camuñas de la Arquitectura Española en 1987. Académico de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1990. Medalla de Oro de la Arquitectura en 1991. Y un largo etcétera. A los 76 años, Julio Cano continuaba en activo y al frente de un estudio en el que se habían integrado cuatro de sus hijos. La muerte le sorprendió —y su noticia nos sorprendió también a todos— el 7 de diciembre de 1996.

Nacido y criado en la madrileña calle de San Bernardo y su entorno, muy cerca del Retiro, el paso de Velázquez a Padilla —donde viviría en sus primeros años profesionales— no cambia su forma de habitar, aunque le hace desear un contacto más próximo con la naturaleza, que buscará con la instalación en La Florida, junto al Monte del Pardo y la carretera de Coruña, donde situará, independientes pero relacionados, su vivienda familiar y su estudio profesional.

Concebido en 1955 y construido en 1958-59, el proyecto y la adaptación funcional de su casa-estudio en La Florida son muy ilustrativos de su manera intemporal de entender la vida y la arquitectura, aunque cronológicamente se inserten dentro del proceso de recuperación de la modernidad acometido por él y por la arquitectura española. Las obras en el Hospital Real de Santiago marcan un inicio prometedor en los años cincuenta. En la década siguiente, une los trabajos de planeamiento con los trabajos de vivienda social, con ejemplos destacados en Badajoz, en el Gran San Blas de Madrid, o en el polígono compostelano de Vite, aunque serían mucho más difundidas y valoradas las viviendas altoburguesas madrileñas en la calle Espalter, frente al Jardín Botánico o en Bailén, junto al Viaducto, ejemplos notables de arquitectura urbana de calidad.

Al final de la década y comienzos de los setenta desarrollaría los encargos por los que es más conocido. Las viviendas madrileñas de la calle Basílica y los edificios para Telefónica en Buitrago, Torrejón de Ardoz y el madrileño barrio de La Concepción muestran valores de gran plasticidad volumétrica y expresividad formal. Mientras los centros de formación de Vitoria, Pamplona y Salamanca y las universidades laborales de Almería y Ourense evidencian su capacidad para adaptar el vocabulario moderno a

distintas condiciones territoriales y paisajísticas.

«En más de veinte años de actividad profesional mi obra es escasa y modesta», había dicho en 1972, en el número monográfico dedicado por la revista Nueva Forma, editada por Juan Daniel Fullaondo. «Si hoy —decía— tuviese que definir en lo esencial mi posición ante la Arquitectura, la resumiría en estas dos ideas: Humanismo y amor y respeto por la Naturaleza». Naturaleza, Humanismo, Arquitectura. Para él, las tres con mayúsculas.

En 1980 se reafirmará en estas ideas, y escribirá: «...en lo esencial nada ha cambiado mi forma de pensar. Mi vocación y mi fe por la arquitectura no sólo no han decaído, sino que por el contrario se han hecho más firmes». Y añade: «Me interesan cada vez más las obras modestas bien realizadas y el buen conocimiento del oficio».

Aunque colaboró ocasionalmente con otros arquitectos coetáneos suyos, durante muchos años trabajó solo en su pequeño estudio de La Florida. «Nunca quise que el trabajo me apartara del tablero de dibujo y de la creación personal», escribirá en 1996, pocas semanas antes de su muerte.

«En ocasiones en que tuve al mismo tiempo varios encargos que rebasaban mi capacidad individual —diría en 1980—, busqué la colaboración de jóvenes arquitectos y alumnos y compartí con ellos firma y honorarios».

En los años siguientes, se fueron incorporando poco a poco al estudio sus hijos arquitectos, formando lo que Cano denominaría «un equipo equilibrado». Un equipo y unos hijos de los que se sentía claramente orgulloso. De sus ocho hijos: cuatro chicos y cuatro chicas, la mitad eran y son arquitectos: Diego, Gonzalo, Alfonso y Lucía.

Echando la vista atrás, reconocía que «a lo largo de la vida profesional, nuestro trabajo se va entretejiendo de una sucesión de aciertos a medias y fracasos a medias, siempre con la ilusión y la esperanza de que la mejor obra está aún por hacer». Pocos años después, refiriéndose al Auditorio de Galicia, escribirá: «En casos así de nada sirve explicar lo ridículo de crear falsas monumentalidades, en competencia con la grande y verdadera monumentalidad; el valor de una arquitectura moderna, sencilla y culta, [es] que acierte a incorporar las esencias locales y se integre con naturalidad en el paisaje».

Consagrado definitivamente como maestro de la feliz unión de la modernidad y la tradición, al final de los años ochenta el Auditorio de Galicia en Santiago y el Pabellón de España en la Exposición Universal de Sevilla confirman su última etapa con una clara voluntad de permanencia.

La obra de Julio Cano supuso dentro de la modernidad española un punto de equilibrio con lo mejor de la tradición, que la singularizó y la diferenció positivamente del conjunto de los arquitectos de su generación.

Se ha dicho con frecuencia que, de los maestros modernos españoles, Cano fue el más tradicional. Su educación académica le sirvió como contrapeso del lenguaje racionalista que empleaba su generación, matizado también por su sensibilidad hacia la naturaleza, el territorio y el paisaje.

La parte más representativa de su legado une la modernidad con la tradición. El proceso reflexivo en torno a la tradición se produce en él desde el inicio de su actividad profesional. Se aprecian antecedentes de sus mejores obras en sus primeros proyectos, que ayudan a explicar una evolución que prepara y enlaza con posteriores obras maestras, de plena vigencia, como las Universidades Laborales de Almería y Ourense.

Julio Cano es pionero de esa manera de entender una arquitectura moderna enraizada en la tradición. Como dejó escrito, refiriéndose a sus comienzos: «Ya hacia la mitad de la carrera comenzamos a entrever que a nada nos llevaría una simple vuelta al pasado y que era preciso emprender un camino distinto. Pero, en mi caso, esta rectificación no suponía dejar de buscar los valores auténticos y profundos que en otros tiempos habían producido obras maestras. Su vigencia debía ser expresada y actualizada con otras claves».

Sus ideas de modernidad y de pasado no supusieron para él losas pesadas, sino que las interrelacionaba con naturalidad y un cierto distanciamiento, y siempre con una visión de hombre actual y progresista, nada reñida con su talante conservador.

Como afirmaba en 1990: «Me incorporé a la poética del Movimiento Moderno y a sus conceptos de funcionalidad y racionalidad, pero nunca quise olvidar mis raíces y la historia. [...] La contradicción de la filosofía del Movimiento Moderno pretendiendo prescindir del pasado y de la historia, y el entendimiento de la Tradición como fuerza espiritual profunda y de continuidad, ha condicionado sin duda mi trabajo. Hoy la arquitectura del Movimiento Moderno, cuya filosofía prescindía de la historia, empieza a ser ella misma historia y se incorpora al caudal inmenso del pasado. El Movimiento Moderno es ya tradición».

Pues ese hombre conservador que era Julio Cano, creía en el progreso, aunque lo hiciese con procedimientos ordenados, sin rupturas traumáticas. «Me siento muy cercano —afirmaba asimismo en 1990— a algunos hombres de todas las épocas que ya no están y sin embargo nada tengo que ver con muchos de los que me rodean».

Para Cano, la arquitectura no era un hecho aislado de las ideas generales sobre la vida, sino algo inmerso en un entramado de ideas y sentimientos. «Me interesa la modernidad, —dice en 1990— en el sentido de progreso y creo que el progreso hay que medirlo en términos espirituales». «Las modas son pasajeras y superficiales; yo en mi vida he visto pasar unas cuantas de las que hoy ya no nos acordamos —escribe en 1996—. Pero hay algo en el fondo del debate que siempre me ha preocupado. El espíritu humano como supremo valor, a cuyo servicio ha de estar el progreso tecnológico y, como corolario de esta idea, la necesidad de un saber humanístico abierto, amplio y comunicado, capaz de asumir los avances de la tecnología».

Y hacía suyas las palabras poéticas de Pedro Salinas, pensando que «la tradición es la enorme reserva de materiales con los que el hombre puede llenarse de horizontes».

Arquitecto desde 1949, Cano está vinculado a Galicia desde sus primeros trabajos, cuando participó en los proyectos para rehabilitar el Hospital Real de Santiago, que derivarían más tarde en su transformación hotelera.

«En el año 53 —recordaba—, bajo la dirección de Fernando Moreno Barberá y en colaboración con Juan Gómez G. de las Buelgas y Rafael de la Joya intervino en la transformación del Hospital Real de Santiago de Compostela en Hostal de los Reyes Católicos. Fue una obra importante y un gran aprendizaje en técnicas de la construcción. Llegó a haber trabajando 500 canteros y la Plaza del Hospital fue un inmenso taller. Creo que por última vez se oyó el canto de la piedra».

Esa vinculación se haría mucho más personal tras su matrimonio, dado que su mujer, Pilar Pintos (1923-2018), era gallega, nacida en Santiago de Compostela, ciudad a la que siempre seguiría vinculada la familia.

Además de esta vinculación personal, tan determinante, Julio Cano manifestó siempre una profunda admiración vital y profesional por la arquitectura gallega: «[una] arquitectura granítica, potente, a veces brutal, de grandes muros macizos, humanizada por el toque delicado de las galerías acristaladas, expresión de la alegría de vivir». «En mis estancias en Santiago, ya lejanas, y en mi deambular por sus rúas y plazas —recordaba muchas veces—, fui viviendo una emocionante lección de arquitectura, renovada cada día con sorpresas y encuentros inesperados. La sobria unidad del material en muros y pavimentos, la coherencia y variada espontaneidad del trazado urbano, los oscuros muros conventuales, la potencia y riqueza expresionista de la piedra labrada, las galerías blancas o de colores vivos, verde, azul, siena, tabaco, el contraste entre los grandes edificios y la arquitectura popular y el paisaje...».

«De entre las ciudades históricas españolas —escribe en 1985—, es Santiago la que ofrece una fachada más grandiosamente monumental. Construida con duro granito, el tremendo esfuerzo de su labra se refleja en una potencia casi metálica. Es como una masa monumental forjada en bronce y oro».

Pero no es sólo la piedra. En la valoración y el uso de elementos de la arquitectura intrahistórica de Galicia, Cano apreció y utilizó con frecuencia el elemento galería, hecho éste que resulta de enorme interés si tenemos en cuenta su papel en la evolución de la modernidad en la región.

Dos años antes de que Cano firme el proyecto definitivo de las viviendas de San Caetano en Vite la revista madrileña *Arquitectura* presenta un panorama de la moderna arquitectura gallega, situando en su portada una imagen de las galerías coruñesas de la Marina, en lo que suponía toda una declaración de intenciones. La dualidad modernidad-tradición será la base sobre la que se fundamenta el estudio de *Arquitectura*, y será esta dualidad la que guía la mano de Cano cuando afirma: «el Movimiento Moderno ya es tradición».

Tras las experiencias compostelanas de los años cincuenta, en los sesenta las viviendas en el polígono de Vite y el Burgo de las Naciones (1965), ambos asimismo en Santiago, trazarán una intensa relación profesional con Galicia que continuará en los años setenta con la Universidad Laboral de Ourense (1975) y que vivirá su momento quizás más importante en los años ochenta con el Auditorio de Galicia en Santiago de Compostela (1985).

En este largo recorrido hay que incluir también trabajos de planeamiento en los

polígonos de Vite en Santiago y de Elviña, en Coruña, o proyectos no construidos, como el concurso para la ordenación de la Ciudad Alta de Coruña, que gana en colaboración con sus hijos, que mantendrán el vínculo profesional con Galicia tras el fallecimiento de su padre. Y tantos otros estudios y dibujos de Compostela, que recogería junto con los de Madrid, Toledo y Salamanca en su publicación sobre La ciudad y su paisaje (1985), haciendo de Santiago el referente icónico de una larga relación personal.

Julio Cano no impartió docencia en la Escuela de Coruña, pero su presencia y su magisterio han estado presentes en ella desde diversas angulaciones.

Con el impulso de la Dirección de la Escuela, el Grupo de Investigación en Historia de la Arquitectura ha querido poner en valor su obra y su magisterio. Además del interés propio y la relación personal que nos unía a él y nos une con sus hijos, nos parece relevante destacar el trabajo de la Escuela sobre algunas de sus arquitecturas más notables situadas en Galicia que —junto con éste y otros textos— pueden explicar su importancia como parte del legado gallego de Cano y como parte de la historia de la Escuela.

Podemos sintetizar tres grandes momentos vinculados a tres obras, que en sus características propias de tiempo y de tipología, representan la actividad y el legado de Cano Lasso, pero que, además, en su interés docente, muestran el interés que por él se ha sentido en la Escuela, la pluralidad de intereses y la atención en el tiempo que ha recibido. Esta selección recoge:

- El desaparecido Burgo de las Naciones, singular estudio de hábitat temporal con vigencia en el tiempo, proyectado y construido en los años sesenta, en el esplendor de la segunda modernidad, que fue estudiado con atención y con detalle en los años ochenta en la Escuela por estudiantes y profesores, en una confluencia docente de las materias de expresión gráfica, de proyectos, de urbanismo y de composición, siendo publicados sus trabajos en el Boletín Académico de la ETSAC en 1988.

- La Universidad Laboral de Ourense, obra clave en la transición arquitectónica de su autor en los años setenta, que ha sido estudiada con rigor en los cursos de doctorado y tercer ciclo, implicando a estudiantes de grado, máster y doctorado, cuyos resultados investigadores se reflejarían en una publicación de Antonio Río en 2011 sobre las Universidades Laborales de Galicia.

- El Auditorio de Galicia en Santiago de Compostela, espléndida obra de madurez de su autor al final de los años ochenta, una obra maestra que refleja la nueva arquitectura de ciudad, de tanto predicamento en su tiempo, que ha sido visitada, estudiada y analizada por alumnos de los primeros y los últimos cursos del área de Composición: desde Introducción a la Arquitectura a Historia de la Arquitectura, implicando a un buen número de estudiantes.

De las tres obras dispone la Escuela de abundante documentación, que se ha revisado y redibujado en su caso para esta publicación.

El legado de Julio Cano se hizo presente por medio de su magisterio directo e indirecto durante toda su vida, y se ha consolidado y reforzado tras su muerte, hasta el punto de convertirle en uno de los referentes éticos de la actividad arquitectónica para los profesionales jóvenes y maduros que hoy afrontan los retos nuevos del siglo XXI. Para rendirle homenaje en su centenario, se había previsto una exposición de sus proyectos, sus planos y sus maquetas, sus dibujos y sus recuerdos personales, y una publicación de ámbito nacional de contenido crítico sobre su obra. Las circunstancias excepcionales de este año excepcional han quebrado esos proyectos o, por lo menos, los han aplazado. Pero desde la Escuela de Coruña no queremos renunciar al homenaje que representa esta edición sobre su obra y su legado en Galicia.

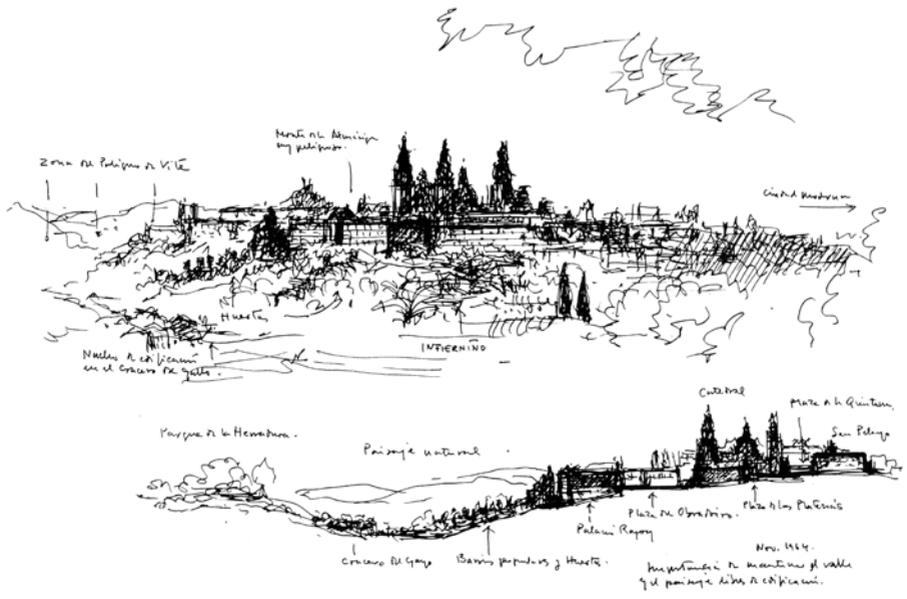
Obra, legado, personalidad, son tres factores unidos entre sí, que se resumen en esta última. Quiero reproducir, pues, lo que escribía al principio, y concluir con ello el retrato y la valoración final, parafraseando y haciendo propia la referencia a aquel arquitecto inglés: «he was a good man and a gentleman». Julio Cano Lasso fue un hombre bueno y un caballero.

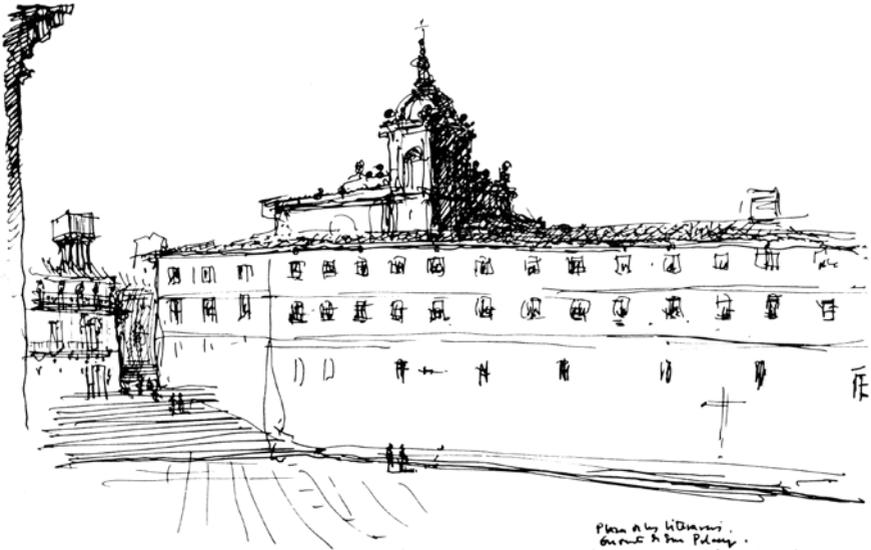
A Coruña, diciembre de 2020

José Ramón Alonso Pereira
Catedrático de Historia de la Arquitectura y del Urbanismo
Universidade da Coruña









Plaza de los Miradores.
 En frente de San Palomeo.
 Ver. sur de A. En la mañana del
 domingo 14 de septiembre.



Entrada a Santiago por la Av. 14 junio 1933
 A la izquierda el decanado y la Torre de la Catedral
 en el fondo Toluca. A la derecha San Francisco.
 9. Agosto 22 - (7 minutos)

El Burgo de las Naciones Santiago de Compostela, 1965

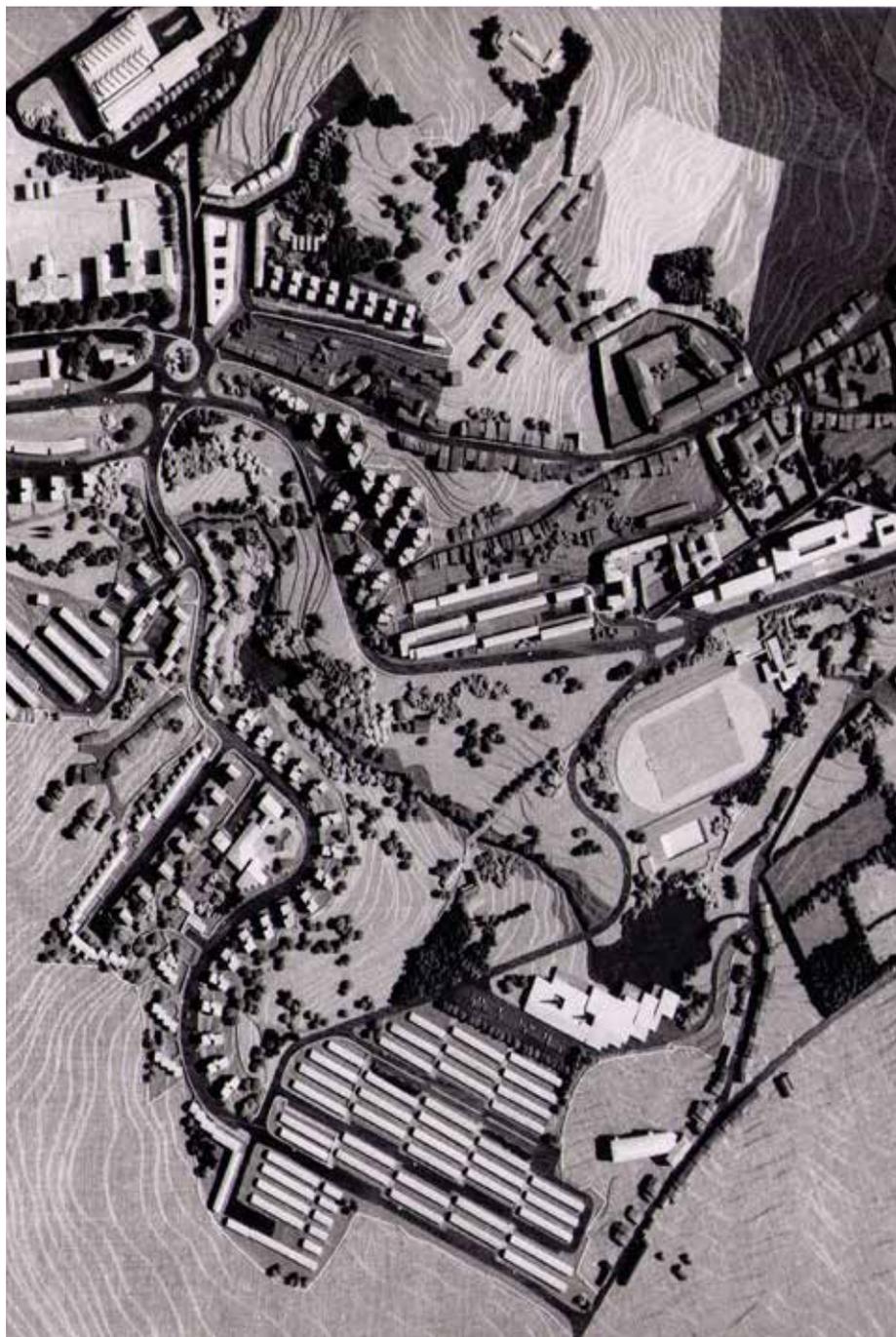
Después de haber participado en un anteproyecto de hospedería de peregrinos para Santiago de Compostela que no llega a materializarse y en la transformación en hotel del antiguo Hospital Real del Obradoiro terminada en el Año Santo de 1954 —en ambos casos bajo la dirección de Fernando Moreno Barberá—, Julio Cano Lasso recibe el encargo de un gran albergue de peregrinos en la misma ciudad, con el objetivo de que la obra estuviera terminada para el Año Santo siguiente, el de 1965. El emplazamiento escogido, al norte del casco histórico, era una vaguada hacia el río Sarela apenas edificada, donde la naturaleza se encontraba con el borde urbano. Bajo la denominación de «Burgo de las Naciones», el proyecto se realiza en colaboración con los arquitectos Rafael de la Hoz Arderius y Javier González-Garra Santoro.

El empleo de un sistema constructivo de prefabricados permite que la obra, pensada para satisfacer las necesidades de 4.500 personas con una superficie cubierta de 30.000 m², se realice en apenas tres meses. El lenguaje empleado es radicalmente moderno, dejando toda la estructura vista y destacándola en color azul junto al blanco de los paneles de cerramiento.

La sinceridad y radicalidad con la que se muestran aquí las posibilidades de la técnica moderna complementa la actuación previa más comedida del Hospital Real. La posición periférica y alejada visualmente del centro histórico, y la idea de que tuviera un carácter provisional, conducen a esa experimentación, aunque siempre se entiende como un elemento en permanente diálogo con la ciudad inmediata.

Para reducir el impacto del volumen edificado y adaptarse a la topografía se plantea un juego de niveles y cubiertas desplazadas. Las nuevas construcciones se integran en el paisaje urbano de Santiago, concebidas en baja altura y envueltas por la vegetación, sin competir con la fachada monumental. Se pretende como un cinturón defensivo del casco histórico, manifestando que, en caso de desmontarse el albergue, —como finalmente sucederá tras utilizarse como residencia de estudiantes— el uso intensivo de ese emplazamiento debería ser rigurosamente evitado. El carácter proteccionista defendido por Cano mantendrá su vigencia en el planeamiento posterior, desarrollado a partir de los años setenta, cuando se convierta en un barrio residencial y de equipamientos universitarios. El albergue queda incluido dentro de la ordenación urbanística del polígono de Vite, que había sido iniciada por Cesar Ortiz-Echagüe Rubio y Rafael Echaide Itarte en 1958, continuada por Fernando Moreno Barberá en 1963 y completada por el propio Cano a finales de los sesenta, donde también desarrolla dos de los ámbitos residenciales delimitados por el plan parcial: un primer ámbito entre la Avenida de Juan XXIII y la Avenida de Salamanca y un segundo ámbito de mayor entidad a ambos lados de la carretera de A Coruña, conocido como «Viviendas de San Caetano».

Enrique M. Blanco Lorenzo



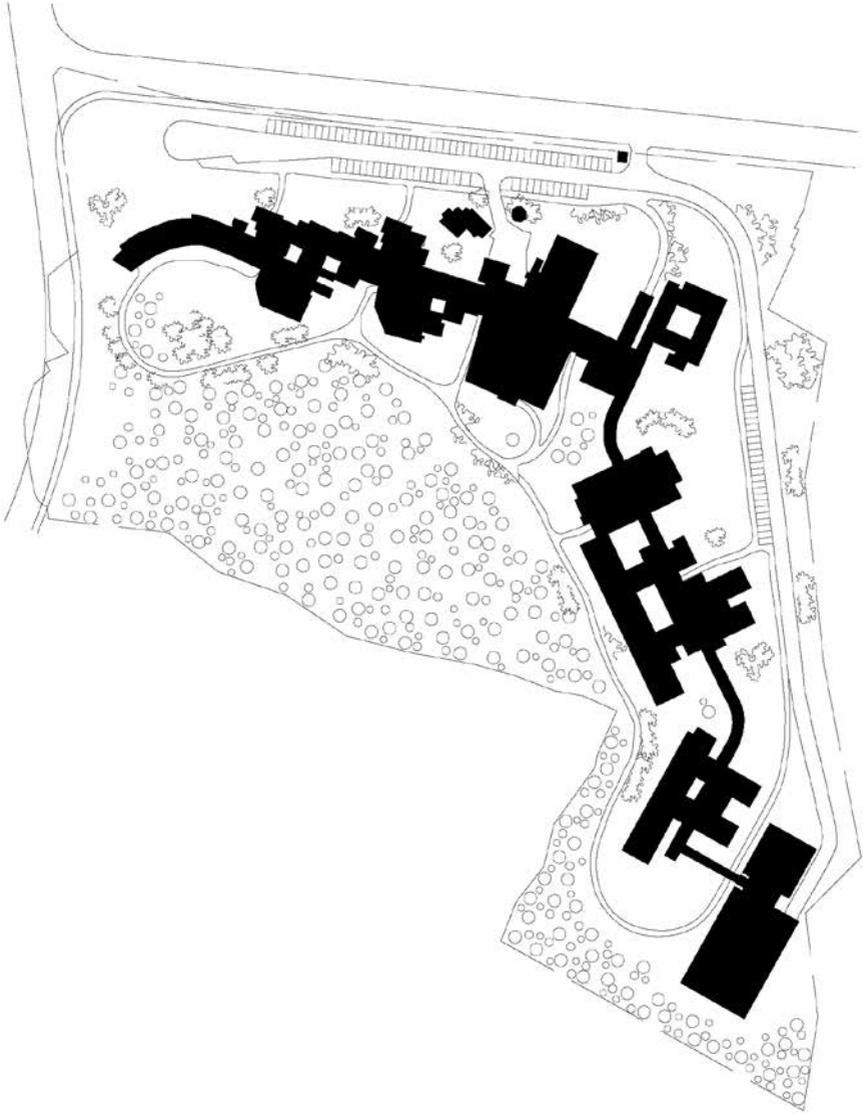




En la primavera de 1974, Julio Cano Lasso recibe el encargo por parte del Ministerio de Trabajo para proyectar tres nuevas universidades laborales: Almería, Albacete y Ourense. El ministro Licinio de la Fuente había prometido que, para el curso 1975-76, estarían contruidos los tres centros. La dimensión del encargo y la distancia entre los emplazamientos le obligan a formar distintos equipos de trabajo con otros arquitectos y alumnos recién titulados: en Almería colaborará con Alberto Campo Baeza, Miguel Martín Escanciano y Antonio Más-Guindal; en Albacete con Ramón Campomanes; y Ourense con José Manuel Sanz y Antonio Ortiz Carvajal. De los tres proyectos, se reservó para sí mismo, sobre todo, el de Ourense, por la relación personal que le unía con Galicia, por lo que podemos considerarlo el más personal de los tres proyectos. Los tres se hallaban en entornos eminentemente rurales, pero era el caso ourensano el que se ubicaba en un entorno cuyas características lo hacían claramente diferente al resto, pues el arquitecto ya conocía el paisaje y la arquitectura gallega. La reflexión sobre el lugar le lleva a concebir una monumentalidad propia, ligada íntimamente a lo vernáculo. El pequeño outeiro, un territorio humanizado desde los celtas, coronado por un pinar y bordeado por pequeños muros de mampostería que enmarcan los caminos de acceso, se convierte en la esencia del proyecto.

Se levantan nuevos muros de hormigón cuya superficie tosca también se vincula a lo casual, a lo popular. Los límites trazados siguen los antiguos caminos existentes, generando nuevos tránsitos. Y el bosque se introduce en el proyecto como núcleo y filtro, todo ligado al origen.

Los volúmenes macizos y rotundos remiten a las construcciones de las aldeas de las cuencas vecinas del Miño y el Sil, edificaciones amontonadas sin orden junto al camino. A las viviendas de estas aldeas, orientadas al mediodía, se accede directamente al segundo piso, mediante un pequeño patín o galería que, en muchas ocasiones, se prolonga en un amplio corredor. Su planta baja se excava en la ladera con objeto de garantizar las condiciones de humedad y temperatura necesarias para una buena conservación del vino. Sus muros, asentados también en la ladera, suelen ser de una ruda mampostería en seco, dónde se perforan aberturas de pequeño tamaño, con sus carpinterías situadas a haces exteriores. Todas estas invariantes aparecen reinterpretadas en la Universidad Laboral, lo que llena al edificio de significados y le otorga una particular monumentalidad. La dimensión urbana tiene mucho que ver con esa monumentalidad vernácula. La escala de la arquitectura es la de los núcleos rurales de Galicia, heredados del urbanismo compacto de los castros celtas, dónde los intersticios entre lo edificado se convierten en espacios de circulación y de relación, idea reforzada por la fragmentación de los lienzos de hormigón y su dispersión sobre el territorio, generando una cómplice relación figura-fondo cuyo límite se quiebra constantemente, y la pátina del tiempo y la naturaleza difuminan.







El Auditorio de Galicia
Santiago de Compostela, 1985

Las ciudades se construyen a través de generaciones, como un proyecto colectivo. Cada momento histórico pone en relación a distintas generaciones, recibiendo la herencia del pasado y, desde su propio presente, imaginando el futuro.

Cuando las ciudades anhelan cambiar, simbolizan su deseo de transformación en la arquitectura. En los años ochenta, Santiago quiso convertirse en capital, transformándose como lo hacían entonces Galicia y España en un proceso que cristalizó en el año 1992. La vieja ciudad universitaria, rural y clerical simbolizó el inicio de su renacimiento contemporáneo con un edificio honesto, claro y rotundo, pétreo y al margen de la moda: un Auditorio que no sería suyo sino de toda Galicia. La transformación de Santiago se iniciaba pues, con una obra para la cultura, para la música... era un buen comienzo.

Julio Cano Lasso fue uno de esos arquitectos que merecen la condición de maestros y que, como tal, dejó su cátedra en Compostela: como Mateo, como Casas y Novoa. Además, tuvo la oportunidad de reafirmarlo en sucesivas ocasiones.

Cuando, fruto de un concurso, recibe el encargo de llevar adelante su proyecto de Auditorio de Galicia, se encontrará con una situación paradójica: antes de hacerlo debe demoler otra excelente obra de su misma mano que se había levantado en ese emplazamiento para acoger a los peregrinos del Año Santo de 1965: la residencia del Burgo de las Naciones.

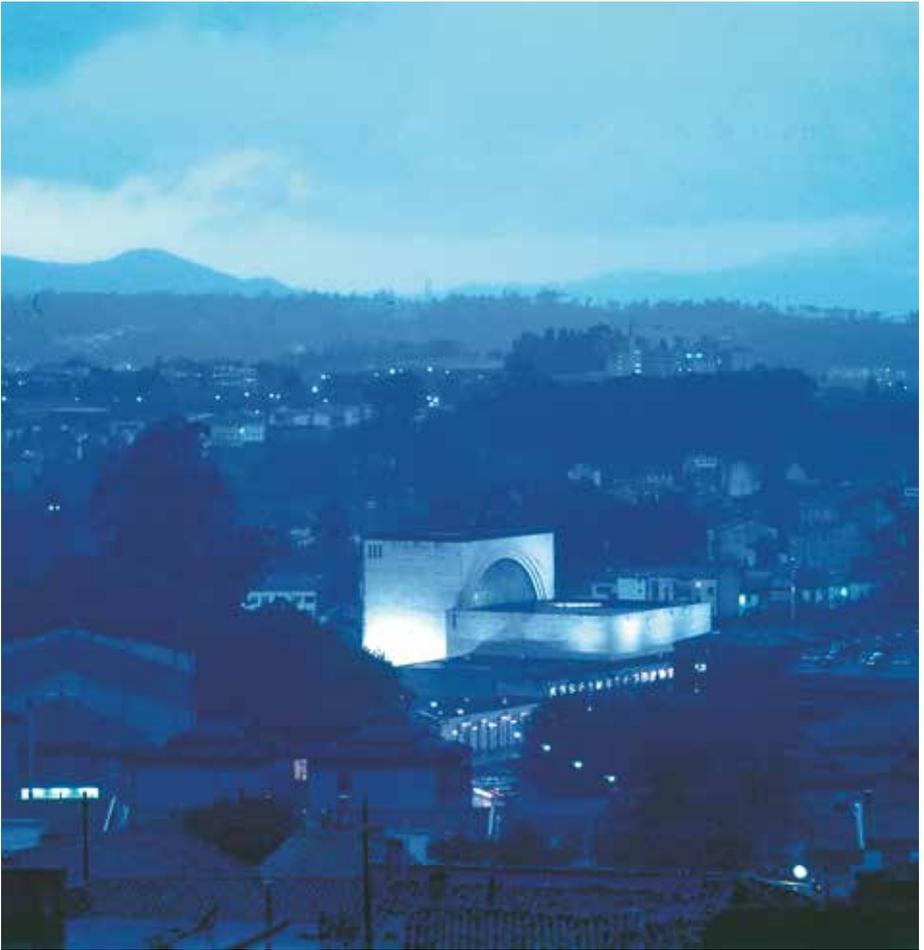
El lugar sobre el que se levanta el edificio es un el borde oeste de la Ciudad Histórica, más allá del Locus Sancti Jacobi, en uno de los pequeños valles que configuran Compostela entre colinas. Rodeado de árboles y junto a uno de esos ríos que sólo los gallegos tratamos de tales.

Y en ese lugar Cano plantó su edificio concebido como una roca, como un gran cubo pétreo, junto a un lago, entre plátanos y arces que cambian de color pautando el tiempo. Recogió así el espíritu del lugar, el espíritu de Santiago que Torrente Ballester describió como de piedra y agua. La piedra, como no podía ser de otro modo, morena, como todo en Santiago. Esta idea inicial, hermosamente dibujada en los planos del concurso presentado bajo el lema de «Aquellos grandes muros de piedra...», se hizo finalmente edificio: «un edificio noble en una ciudad de piedra».

Julio Cano animaba a sus hijos, desde pequeños, a dibujar los paisajes y ciudades que recorrían como una manera de conocerlas mejor. Así lo recordaba su hijo Diego Cano Pintos, también arquitecto y colaborador en el proyecto del Auditorio de Galicia. Una obra que ha sido estudiada, dibujada, analizada y, sobre todo, visitada por estudiantes de arquitectura de distintas generaciones.

Juan A. Caridad Graña





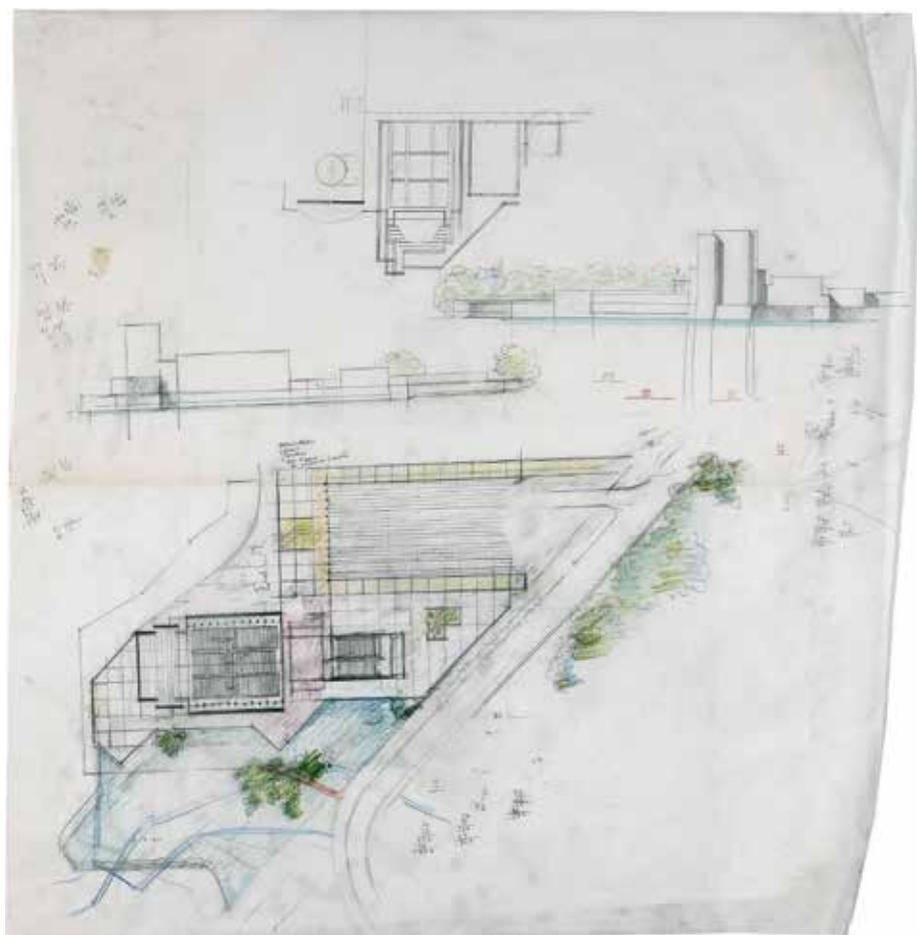




Architectural drawing of a building facade, showing a long horizontal structure with a prominent vertical tower on the right side. The drawing is rendered in watercolor style.

Bibliografía

- Bravo Remis, Restituto y Cánovas, Andrés (dirs.). Julio Cano Lasso: Medalla de Oro de la Arquitectura 1991. Madrid: Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1991
- Cano Lasso, Julio. «Albergue provisional de peregrinos en Santiago de Compostela. Burgo de las Naciones», en Hogar y Arquitectura 58, 1965, p. 2-9
- Cano Lasso, Julio. Julio Cano Lasso, Arquitecto. Madrid: Xarait, 1980
- Cano Lasso, Julio. La ciudad y su paisaje. Madrid: edición del autor, 1985
- Cano Lasso, Julio. Cano Lasso: Arquitecto. Madrid: Fundación Camuñas, 1988
- Cano Lasso, Julio. Cano Lasso 1949-1995. Madrid: Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, 1995
- Cano Lasso, Julio. Conversaciones con un arquitecto del pasado. Madrid: Fundación Esteyco, 1996
- Cano Lasso, Julio. Mi visión de la arquitectura. Pamplona: T6 Ediciones, 1997
- Cano Lasso, Julio y Cano Pintos, Diego. «Palacio de Congresos. Santiago de Compostela», en Arquitectura 281, 1989, p. 58-71
- Cano Lasso, Julio y Cano Pintos, Diego. «Pazo de Congresos. Auditorio de Galicia», en Obradoiro 16, 1990, p. 32-38
- Cano Pintos, Diego. «Viajes en el recuerdo (Dibujos de Junio Cano Lasso)», en Arquitectura 313, 1998, p. 31
- Cano Pintos, Diego. «La arquitectura docente de Julio Cano Lasso», en Gómez García, Alejandro (dir.) Espacios para la enseñanza. Madrid: Ediciones Asimétricas, 2012, p. 69-84
- Carrero de Roa, Manuel; Rodríguez García, Enrique y Zas Gómez, Evaristo. «O Burgo das Nacións: descripción y análisis de un proyecto: Julio Cano Lasso, La Hoz Arderius, González Garra Santoro», en Boletín Académico 8, 1988, p. 24-35
- Gallego Jorroto, Manuel. «El Burgo de las Naciones: Santiago de Compostela», en Boletín Académico 8, 1988, p. 18-23
- Martín Robles, Inés y Pancorbo Crespo, Luis. La tradición en Julio Cano Lasso. Madrid: Rueda, 2019
- Otxotorena Elizegi, Juan Miguel (dir.). Julio Cano Lasso. Universidad Laboral de Ourense. Pamplona: T6 Ediciones, 2003
- Peña Pereda, Felipe. «Sobre el Burgo de las Naciones», en Boletín Académico 8, 1988, p. 36-37
- Quintáns Eiras, Carlos. «El Burgo: una reflexión sobre su implantación», en Boletín Académico 8, 1988, p. 38
- Río Vázquez, Antonio. Las Universidades Laborales gallegas. Arquitectura y Modernidad. Santiago de Compostela: Colexio Oficial de Arquitectos de Galicia, 2011
- Río Vázquez, Antonio. La recuperación de la modernidad. Arquitectura gallega entre 1954 y 1973. Santiago de Compostela: Colexio Oficial de Arquitectos de Galicia, 2014





Escola Técnica Superior de Arquitectura
Campus Universitario de A Zapateira, s/n. 15071.
A Coruña